

TEMA DEL DÍA || Las restricciones en la educación

Páginas 2 y 3

LOS EFECTOS DEL COVID EN LA SOCIEDAD

La pandemia ya genera problemas emocionales en los adolescentes

La semipresencialidad en primero de Bachiller y las restricciones les impiden desarrollarse socialmente

La angustia y la frustración aparecen porque se pierden cosas propias que se hacen a esa edad

IVÁN TRIGO

itrigot@aragon.elperiodico.com
ZARAGOZA

El Bachillerato es, para muchos jóvenes, una época en la que se conjuga el estrés del estudio con la fiesta y los primeros viajes con amigos. Los exámenes se complican y la selectividad asoma por el horizonte, pero son momentos en los que los adolescentes desarrollan su carácter y su personalidad. Acumulan vivencias que recordarán por siempre. Pero la pandemia ha venido para acabar con todo eso: las medidas contra el covid les impiden socializar y el ocio se da a través de las pantallas. El coronavirus está afectando a la salud mental de muchos jóvenes que están viendo frustradas sus expectativas vitales.

Los problemas tienen dos vertientes: por un lado, está el rendimiento académico y la forma en la que se aprende; y por otro está la parte emocional. Y son estos últimos los que son cada vez más visibles. «Lo que estamos viendo ahora es solo la punta del iceberg. Ya hay muchos casos que necesitan tratamiento», asegura el presidente de la Asociación Aragonesa de Psicopedagogía, Juan Antonio Planas, que explica con una metáfora las consecuencias que puede traer la pandemia en el carácter de los jóvenes: «Los adolescentes son como un coche en una línea de montaje. En cada momento vital la máquina les pone una pieza, pero si ese momento pasa y la pieza no ha llegado ya no hay vuelta atrás». Quedan incompletos.

Esas experiencias que forjan la personalidad van desde el primer beso, el primer amor, las primeras salidas con los amigos o la presión de conseguir una nota para entrar en la universidad. Todo eso lo hacen en grupo porque, explica Planas, «los adolescentes necesitan el contacto con sus iguales».

La socialización es una «válvula de escape» y esa válvula, ahora, está obstruida. El diagnóstico coincide con el de Carlos Alejandre, orientador psicopedagogo en la Unidad de Atención al Desarrollo (UAD) y que trata a muchos adolescentes mensualmente. «Ya hay estudios que lo confirman. Siete de cada diez jóvenes sienten angustia por la situación que estamos viviendo y uno de cada cuatro dice estar asustado», cuenta. Ese primer beso, asegura desde una perspectiva optimista,



NURIA SOLER

► Unos adolescentes a las puertas del Instituto de Enseñanza Pública del barrio del Picarral, en Zaragoza.

las claves

1 SIN CONTACTO

Las clases 'online' en primero y la falta de espacios en los que socializar entre iguales, así como el aprendizaje individual, están creando angustia en los jóvenes.

2 LOS INDICADORES

Los adolescentes no dirán directamente a sus padres que tienen un problema, pero los cambios de comportamiento, la falta de higiene o de sueño indican que algo pasa.

3 COMPRENSIÓN

Los jóvenes necesitan ser escuchados y los padres tienen que mantener una actitud dialogante y no crítica con sus asuntos. Hay que incidir en que la pandemia acabará.

«puede retrasarse, no pasa nada», pero admite que sí se están detectando problemas en la consulta derivados de la pandemia.

«Los adolescentes nos dicen, lo primero, que necesitan más privacidad, porque pasan más tiempo en casa. También quieren que se les escuche más. Al principio se les criminalizó, pero ahora ya nadie habla de ellos. Hay que crear un canal informativo que se adapte a su lenguaje», explica Alejandre. La «clave» está en hacerles entender a los jóvenes cuál es su papel en este momento, qué es lo que pueden hacer para ayudar. «Solo se les trasladan prohibiciones. Y con el no constante no se educa», añade este orientador.

Desde octubre, los alumnos de segundo de Bachiller están siguiendo el curso de manera presencial, mientras que los de primero, por el momento (se prevé que en febrero vuelvan a las aulas) van a clase en días alternos, lo que deriva también en problemas en el plano académico. Así lo explica Tono Molpeceres, profesor del instituto Virgen del Pilar de Zaragoza, quien asegura que en el primer trimestre han

hablan los directores

La vuelta a las aulas en plena cuarta ola del coronavirus

La Asociación de Directores y Directoras de Institutos de Educación Secundaria de Zaragoza se mostró, esta semana pasada, «hondamente preocupada» por el regreso a las aulas de los alumnos de 3º de la ESO a 1º de Bachiller. Alertan que, a pesar de que la presencialidad es el sistema idóneo, ahora mismo no se dan las condiciones en todos los centros para poder volver. Explican en un comunicado que no disponen de los medios ni de los espacios suficientes y que los protocolos son confusos y contradictorios. Asimismo, se muestran preocupados por el confort en los centros: «Nos preocupa la situación con respecto a la temperatura de las aulas, ya que se está dando clase a 12 y 13 °C, incluso

menos en algunas ocasiones», reza el comunicado.

Sobre el asunto se pronuncia Pilar García, directora del IES Clara Campoamor Rodríguez, en Parque Goya (Zaragoza). García explica que los adolescentes están dando «todo un ejemplo de buen comportamiento y civismo», pero que no es suficiente. En el centro están matriculados 902 alumnos y si todos acudieran habría problemas sobre todo en las salidas y las entradas, en los pasillos y en los espacios comunes. «La presencialidad es lo ideal, y hay muchas familias que nos lo vienen demandando desde hace tiempo, pero este curso hay que priorizar las cuestiones sanitarias. Es excepcional», explica la directora.



notado un «bajón del rendimiento». «Es preocupante. Primero, se nota que acumulan la herencia negativa del final del curso pasado, en el que no pudieron impartirse todas las materias programadas. Y también hay alumnos que en otras circunstancias no hubieran promocionado de curso pero que con los criterios flexibles que se establecieron sí que pasaron. Y ahora lo están llevando peor», explica.

En los alumnos de primero, explica Molpeceres, es complicado conseguir su atención porque, al ir a clase «un día sí y otro no» para ellos «cada día es viernes». Destaca el profesor, eso sí, que le ha sorprendido la disciplina de los jóvenes con las medidas sanitarias, aunque los diez meses de pandemia pesan. «El año pasado ya no pudieron hacer la fiesta de graduación y este año hay un ambiente de pesimismo y no lo están organizando. Son cosas menores comparadas con otros dramas que ha traído el covid, pero hay que entender que son sus ilusiones», explica. La ansiedad y el desánimo «por no ver el final» son una constante.

ABUSO // Las clases online están generando problemas «por el abuso de las pantallas». Se está dando un consumo inadecuado de la tecnología «y hay adolescentes que prefieren quedarse sin cenar por estar un rato más hablando con sus amigos por el teléfono», explica de nuevo el orientador de la UAD, Carlos Alejalde. Asimismo, «se ha demostrado que el aprendizaje cooperativo es más eficaz», y el covid ha obligado a que todo se base en la disciplina individual.

El ciberacoso es otro de los problemas de este sistema, puesto que se ha incrementado el uso de la tecnología y las redes. En clase, asimismo, los alumnos que tenían problemas ya no pueden refugiarse en sus amigos «porque los grupos burbuja» les han privado de ellos, explica Juan Antonio Planas. A todo esto hay que sumar los problemas familiares que generan que «un padre se haya quedado en paro, que tu madre este enferma por covid o que el abuelo se haya muerto». Más presión por todos lados.

Es por ello que los padres deben estar atentos ante una serie de indicadores que pueden ayudar a saber si un hijo padece ansiedad. «La falta de higiene o la alteración de las horas del sueño son algunos de ellos. «El adolescente no nos va a contar que tiene un problema, pero sí que lo podemos saber si se dan cambios en su comportamiento», explica Alejalde. Los padres, asimismo, deben mostrarse dialogantes y deben «escuchar sin actuar de jueces ni críticos», menciona este profesional. Por su parte, Planas pide más «inversión en prevención» y que se contraten más orientadores en los centros porque ello «ahorrrará muchos problemas en el futuro».

A pesar de todo, Alejalde es optimista. «Tenemos que quedarnos con el mensaje de que esto acabará», zanja. ≡

los testimonios

INÉS MEJÍAS ▶ ESTUDIA SEGUNDO DE BACHILLERATO EN TERUEL

«Me preocupan más los niños»

Es la opción menos escogida por los alumnos aragoneses, pero eso no hizo que Inés Mejías rechazara estudiar el Bachiller de la rama de Artes. Esta turolense de 17 años vive en Cella y estudia en la capital de su provincia. A final de curso tendrá que examinarse de la Evau y, aunque todavía no sabe en qué grado universitario quiere acabar, asegura que «por el momento» no está nada nerviosa de cara a la selectividad. «A pesar de todo», dice.

Ese todo son las condiciones impuestas por la pandemia y que le obligaron a comenzar el curso de forma semipresencial. Acudía a la Escuela de Arte de Teruel en días alternos. «Era un caos. Tenía solo dos horas de práctica pero te

nía que estar en Teruel seis horas». En octubre regresó la ansiada presencialidad pero ahí no acabaron sus problemas. «Desde entonces los profesores van más rápido porque al principio de curso solo dimos la mitad», explica la joven.

Y después, llegaron los confinamientos. «Yo estuve diez días confinada porque di positivo y perdí muchísimo porque aunque había una profesora que sí que estaba muy encima desde casa no te enteras de nada», recuerda Mejías.

Más allá de lo académico, explica, la pandemia «está dejando una huella muy profunda» entre las personas de su edad. «La salud mental es muy importante pero no se toma en serio», dice. Y, lejos de lamentar



▶ Inés Mejías estudia Artes.

lo que no puede estar disfrutando afirma que le dan «mucha pena» los que son más jóvenes que ella. «Los niños van a crecer pensando que un abrazo es malo. En nuestra cultura nos encanta estar juntos, abrazarnos, y no sé que va a pasar con esa generación de gente que no lo está viviendo. Quiero que ellos vivan lo mismo que he vivido yo», explica con seguridad, y pone el caso de su hermano: «Tiene tres años menos que yo, es cuando tendría que empezar a salir y no va a poder tener los mismos recuerdos que tengo yo. Y ya no sé si los podrá vivir».

El día a día, admite, es «difícil de gestionar». Ahora, se le plantea la duda de cómo quedar con sus amigos. «Somos cinco y solo podremos quedar cuatro. ¿Nos turnamos?». Eso sí, no se pondría en el lugar de los que legislan: «Las normas molestan pero no me sabría poner en su situación». ≡

ADRIANA GÓMEZ ▶ EL AÑO QUE VIENE QUIERE ENTRAR EN ADE

«Me desahogo con mis padres»

Adriana Gómez tiene 17 años y estudia 2º de Bachillerato en el IES Zaurín de Ateca. Está en la rama de Ciencias Sociales y, después de la Evau, le gustaría estudiar Administración y Dirección de Empresas (ADE). En el primer trimestre las notas no le han ido mal, pero no oculta su temor a que no pueda entrar en la carrera que le gusta. «El año pasado la nota de corte subió un montón y estamos todos más nerviosos y expectantes. No sabemos muy bien todavía cómo será la Evau y nos da bastante miedo», explica esta adolescente.

El primer tramo del curso fue algo convulso porque, entre que en septiembre la docencia fue se-

mipresencial y que faltaba un profesor, la materia se les fue acumulando. «Normalmente tenemos dos tandas de exámenes, una en octubre y otra en diciembre, pero esta vez tuvimos las dos en diciembre y fue un caos», asegura Gómez.

Fuera de las aulas, explica que sí que se apoya en algunos compañeros para estudiar o ayudarse mutuamente, pero admite que siempre se lo piensa dos veces «porque da miedo quedar con gente» aunque sea para preparar exámenes. «Si te confinan pierdes diez días de clase y en 2º de Bachiller eso es un problema. Hay profesores que no tienen la capacidad de dar clases online y te mandan la materia y te tienes que apañar»,



▶ Adriana Gómez estudia en Ateca.

asegura. Ahora, una vez ha pasado la Navidad, los alumnos de este instituto estarían, en un año sin pandemia, preparando la fiesta de la graduación o el viaje de fin de curso. «Todavía no hemos decidido si lo hacemos o no. Sería en junio, pero hay gente que no quiere reservar por si luego nos lo suspenden», explica. Más allá, Gómez asegura que necesita «relajarse» y estar con las personas que quiere después de diez meses de restricciones.

«Al no poder desahogarme con mis amigos lo hago con mis padres y es raro porque ellos no entienden mis problemas. Me siento y empiezo a quejarme como haría con mis amigos pero ellos no viven lo que vivo yo», admite.

Al futuro le pide poder entrar en ADE y tener a los suyos consigo. «Que se acabe esto ya», remata. ≡

ANDREA ZARAZAGA ▶ ESTÁ ACABANDO BACHILLER EN EL IES GOYA DE ZARAGOZA

«Estamos hasta las narices»

«Vivir un verano eterno» y que «no hubiera covid». Estos son los dos deseos de Andrea Zarazaga, una joven de 17 años que estudia Bachiller en el IES Goya de Zaragoza. Si bien, sus ambiciones terrenales, las de ir por casa, pasan por poder estudiar el año que viene Marketing «o alguna carrera relacionada con la economía».

El curso no está siendo fácil, admite, y cuando de más pequeña se imaginaba en segundo de Bachiller, la rampa de salida hacia la universidad, se imaginaba en una «fiesta continua». «Ahora no quedamos ni para estudiar, porque aunque sea con precau-

ción y mascarilla en las casas de los demás no entramos, ni se nos ocurre», explica la joven.

Hasta bien entrado el mes de octubre no recuperaron la presencialidad ni disponían de los profesores para impartir las materias. «No hicimos nada y ahora vamos a toda prisa. Es mucha presión», asegura Zarazaga. A ese estrés propio de su curso se le añade, asimismo, otro inconveniente: el frío. «A clase voy con medias, pantalones, camiseta térmica, camiseta, sudadera y si sigue haciendo frío me dejo el abrigo», cuenta. La calefacción del centro no ayuda porque no siempre está puesta o no siempre se nota, lamenta esta estudiante.



▶ Andrea Zarazaga tiene 17 años.

Andrea da por hecho que, después de la selectividad, no podrá irse de viaje con sus amigas a Salou, como manda la tradición zaragozana. «Si al final podemos ir pues será una alegría, pero vamos...», dice.

Admite sin tapujos que conoce a varios jóvenes de su edad que están yendo al psicólogo por trastornos producidos por la pandemia. «Estamos hasta las narices», resalta, y cuenta que el hartazgo en muchos casos deriva en estrés. Ella, personalmente, trata de ser optimista y piensa en que esta pesadilla «acabará pronto». «Es mejor no pensarlo», añade.

El año que viene tiene ganas de empezar la universidad aunque, para ella, que se dice muy sociable, «será un shock» tener que hacer amigos con la mascarilla de por medio. ≡